

pidióle que la desviase un poco de la tierra. Y sentándose dentro, predicaba desde la barca al numeroso concurso. Acabada la plática, dijo á Simon: Guia mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Replicóle Simon: Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido: no obstante, sobre tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, recogieron tan grande cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo que hicieron señas á los demas compañeros de la otra barca que viniesen y les ayudasen. Vinieron luego, y llenaron tanto las dos barcas, que faltó poco para que no se hundiesen. Lo que viendo Simon Pedro, se arrojó á los piés de Jesus diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador. Y es que el asombro se habia apoderado así de él como de todos los demas que con él estaban, á vista de la pesca que acababan de hacer: lo mismo que sucedia á Santiago y á Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simon. Entonces Jesus dijo á Simon: No tienes que temer: de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar. Y ellos sacando las barcas á tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron.

MEDITACION.

Sobre el modo conque se ha de recibir y oír la palabra de Dios.

Considera que la palabra de Dios se ha de oír con aquella ánsia y aquella solicitud que se nos describe en el evangelio de este día, en que se nos hace saber que las gentes se agolpaban al redor de Jesus ansiosas de oír la palabra de Dios. No se necesita mas que saber que es palabra de Dios para conocer su inestimable mérito, y por él la incontestable razon que tenían aquellos hombres para poner la mayor diligencia y afan por oír esta palabra. Entre los hombres se habla, y se habla mucho, pero son hombres los que hablan y su palabra expresa los conceptos de un hombre; no así la de Jesucristo, ella es palabra divina, palabra del Verbo, y Jesucristo es Dios como su Padre. Por consiguiente su palabra está llena de sabiduría

y de santidad, y su autoridad es la mayor, pues habla Dios hablando Jesucristo. El error, la ignorancia, la iniquidad, la torpeza, la vanidad, la vaciedad, y todo cuanto puede concebirse de repugnante y de execrable, se encuentra en las palabras de los hombres, y ellos mismos se dan á conocer por sus palabras, vanos, soberbios, inícuos é ignorantes: ¿cómo, pues, podrá agradar á un recto juicio y á un corazon sincero la palabra del hombre? Mas la palabra de Jesucristo es toda al contrario; la sabiduría y la bondad resplandecen en ella: difunde en los corazones la paz y la alegría: su bondad los atrahe, y su luz los encamina á su felicidad: ella les dá la vida porque es palabra de vida, y obra en ellos el bien real y efectivo que les anuncia y les propone: la gracia se derrama en los labios de su autor soberano, y la bendicion de Dios, abundante y magnífica, sigue á la prolacion de esta palabra; porque el que la profiere es el Verbo divino, la sabiduría increada, el Santo por esencia en cuanto Dios, y por naturaleza en cuanto hombre: ¿cómo, pues, no habia de tener un atractivo todo divino para llevar en pos de sí el alma y corazon de los oyentes?

Considera que esta divina palabra nada ha perdido ni puede perder despues de la Ascension de Jesucristo, y que es la misma suma en sabiduría y en bondad proferida hoy por boca de sus ministros, que proferida entonces por la de Jesucristo ante el pueblo judío. Debe, pues, escucharse con la misma veneracion, con la misma ánsia, con las misma solicitud, con que la escuchaba aquel pueblo. ¿Pues por qué no sucede así ya entre nosotros? ¿Por qué el hombre atrevido, que ni es ministro del Señor ni tiene mision alguna para hablar á su pueblo, se arroga una autoridad y facultad de que carece y habla á este pueblo incauto, no ya la palabra evangélica, que es palabra de vida y salvacion, sino palabras de muerte y perdicion, errores y blasfemias dignas de execracion eterna? Porque ya hemos llegado á aquellos tiempos calamitosos anunciados por Jesucristo mismo y por su apóstol, en que los hombres cierran los oidos á la verdad y los conviertan á las fábulas, en que los falsos cristos y falsos profetas anuncien el error y la

mentira y diseminan la iniquidad y el pecado en el corazón de sus oyentes: ¡tiempo fatal y amargo, de calamidad y miseria, que nos anuncia el fin del mundo y la proximidad del juicio universal!

PETICION Y PROPOSITOS.

¡Oh Dios, fuente de gracia y de virtud, que con brazo poderoso sostuviste á tus fieles en los principios de la Iglesia para que no sucumbiesen bajo la astucia y crueldad de los tiranos perseguidores de ella; sostenenos con la misma fortaleza, para que no caigámos en el error, ni nos aterre la persecucion, mas antes séamos émulos de los primeros martires y sellemos con nuestra sangre la verdad de nuestra religion.

JACULATORIA.

Jesucristo ayer y hoy, y el mismo en todos los siglos.

LECCION.

Concluye la materia de la anterior.

Vieron los apóstoles, San Pedro, Santiago y San Juan aquel milagro de la pesca, escucharon las palabras de Jesucristo dirigidas al primero. No temas: desde aquí adelante serás pescador de hombres; y al punto tirados los barcos á tierra, lo dejaron todo y le siguieron. ¡Qué docilidad! ¡Qué contraste hace con ella nuestra dureza! Si solamente estubiéramos persuadidos de las verdades evangélicas, bastaria esto para hacernos buscar con ansia nuestra sólida felicidad, siguiendo la huellas de nuestro divino maestro Jesus; ¡cuánta será nuestra insensatez cuando no solo estamos persuadidos de esas verdades, sino que Dios nos llama de continuo al camino de la Salvacion! Recorramos nuestros pasados años: ¿quién es el blasfemo que se atreva á negar que ha recibido innumera-

bles beneficios de mano de la Providencia? ¿Quién tendrá audacia para negar que nunca le ha hablado al corazón? ¿De qué manera hemos correspondido á sus beneficios y llamamientos? Este deberia ser un motivo poderoso de nuestra confusion y aun de nuestro despecho, á no contar con las misericordias del Altísimo.

Dios, dice San Agustin, emplea los mas piadosos artificios para sacarnos del abismo á donde nos sumergen nuestros pecados: procuramos evitar su presencia, pero él nos sigue, y un leon hambriento no se manifiesta tan codicioso de su presa como el padre de las misericordias se muestra celoso de nuestra salvacion. Se le ve solicitar nuestra conversion, ya en los remordimientos de la conciencia sobresaltada que continuamente reprende nuestros desórdenes, ya en los discursos de algun orador cuya elocuencia nos conmueve, y ya en las lecturas piadosas que ablandan la dureza de nuestro corazón. Si alguna vez procuramos disiparnos con pasatiempos peligrosos, una secreta amargura turba luego el placer que sentimos. Si queremos lisonjear nuestra curiosidad con las ficciones de los poetas ó los sistemas de los filósofos, todo al fin nos parece mentira, y nada por último nos satisface; efectos todos de la misericordia del Altísimo.

¡Cuánto tiempo nos dejamos correr separados de los caminos de la salvacion! ¿Y no está la gracia trayéndonos siempre á la memoria los medios mas eficaces para conocer nuestros desórdenes y convertirnos á Dios? ¡Cuántas caidas terribles que nos deshonoran á los ojos del Señor! Pero ¡qué misericordia sin límites que se empeña siempre en olvidar nuestros desórdenes! ¿No es verdad que son innumerables los beneficios que debemos á Dios, pues aunque tiene su brazo levantado para castigarnos, no le deja caer, porque quiere la salvacion de nuestras almas? Jesucristo es nuestro padre, que está gritando al interior de nuestro corazón, por cuantos medios le sugiere el amor que nos tiene. No endurezcamos nuestros corazones ni cerremos los oídos á sus llamamientos: quizá callará bien pronto, y entonces su silencio llenará de

confusion nuestras almas, y nos entregaremos á la desesperacion mas cruel. Entonces nos abandonará del todo, tomaremos algunas medidas para buscarle, daremos algunos pasos para salirle al encuentro; pero serán inútiles, porque no lo encontraremos, y todos los recursos de que echaríamos mano quedarán sin efecto, porque moriremos en nuestro pecado.

Escuchemos pues estas lecciones de vida eterna, mientras que todavía hay tiempo: su verdad nos habla y nos dice que todas las máximas del siglo son otras tantas mentiras, que todos los placeres por los cuales tomamos tantos afanes y solitudes, son frívolos y pasajeros; y que nada aprovecha ser dueño de todo el mundo, si se pierde la mas preciosa parte del hombre, su alma. La justicia del Eterno nos habla y nos dice que todas las verdades terribles de muerte, de juicio, infierno, no son exageraciones piadosas inventadas para intimidar espíritus débiles: el cielo y la tierra pasarán, pero las palabras del Señor que tantos anatemas pronuncian contra los impíos, contra los pecadores obstinados, jamas dejarán de tener su cumplimiento. Escuchemos, pues, á su misericordia que nos dice que todavía es tiempo de volver á tomar el sendero de la vida que hemos perdido: ella nos abre la puerta del arrepentimiento y la conversion: ella nos hace entender la necesidad en que estamos de restablecer en nuestro corazon la paz que hemos desterrado con el pecado. Su santidad nos habla y nos echa en cara nuestra corrupcion: ella nos pide cuenta de la inocencia que recibimos en el bautismo: ella nos recuerda la santidad del carácter de cristianos, y nos advierte que la gracia es el único tesoro digno de nuestro aprecio. Su providencia, en fin, se vale para instruirnos de cuantas cosas nos rodean: nos habla en las pérdidas, en la muerte de personas que amamos, en la vida, en los placeres, y quizá quizá en nuestros mismos pecados.

No hay, pues, que ser insensibles á las voces que nos da Jesucristo, estemos seguros de encontrar en él todos los consuelos. La mudanza de un solo impío alegra todo el cielo, y los ángeles celebran ese triunfo: la penitencia de un solo pecador

causa mas alegría en el cielo, que la perseverancia de noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. El pecador verdaderamente convertido, sostiene con vigor un combate continuo con sus pasiones; mas como está poco acostumbrado á la práctica de las virtudes, siente todas las punsadas del agüijon de la carne: teme volver á caer en el abismo de donde le ha sacado la gracia de Jesucristo, y pone las diligencias mas esquisitas para adelantar en el camino de la perfeccion. El verdaderamente convertido, sabiendo que no dista mas que un solo paso la penitencia del pecado, y que el vaso que contiene la gracia es quebradizo, vive en una continua vigilancia. y temiendo que un cobarde reposo le disminuya ó le robe su tesoro, estudia cuanto puede para aumentarle y guardarle. En fin, el pecador convertido considera todas sus mortificaciones y penitencias como inferiores infinitamente á sus pecados, y las misericordias del Señor como favores que exceden sobre manera á sus méritos, Y he aquí la razon porque causa mas alegría en el cielo la conversion de un pecador, que la perseverancia de noventa y nueve justos.

La misericordia de nuestro Dios está siempre en lucha, si es permitido explicarnos de este modo, con su justicia: ella se ocupa siempre en prodigarnos las gracias espirituales y corporales de que tenemos necesidad. Mas ahora bien, de ¿qué manera corresponderemos á beneficios tan señalados? ¿Se mantendrá insensible nuestro corazon para corresponder á sus deseos? ¿y qué deseos? Ella nos pide mas prontitud para convertirnos á Dios, mas ánimo para romper las cadenas del pecado, mas fidelidad para llenar nuestras obligaciones, mas celo por los intereses de la gloria de Jesucristo, mas caridad para con nuestros prójimos, mas solicitud en la salvacion de nuestras almas, mas resignacion en su voluntad santísima, mas sumision en los trabajos, mas frecuencia en la oracion: mas comedimiento en las palabras, mas vigilancia y mas desconfianza en nuestras propias fuerzas. Esto es lo que desea y lo que nos pide, pues que en ello se interesa nuestra salvacion.

Con razon exclama el profeta: "Señor, hace mucho tiempo

que estoy abatido bajo el peso de mis miserias, y por tanto no me atreva á levantar mis ojos para miraros: pero mi alma asegurada en vuestras misericordias, se atreve ahora á dirigirse á vos llena de la mas viva confianza, mi corazon no me da la seguridad que necesito: yo veo que la amistad y la proteccion que dispensan los poderosos de la tierra, son muy pasajeras, y que apenas merecen considerarse; pero la vuestra es tan poderosa, que jamas tendré que avergonzarme. ¿Ha visto algun hombre frustradas sus esperanzas cuando ha implorado vuestros auxilios en sus trabajos y aflicciones? Nada mas que invocaros, Dios mio, se necesita para ser consolados: ninguno de los que esperan en vos se verá confundido. No mireis, Señor, tantos pecados que han sido el efecto de la ignorancia y de la ligereza de mi juventud. Hay un motivo, y sin duda muy poderoso, para mitigar vuestra ira, y es el título que teneis de Dios de las misericordias, título que apreciáis sobre todos, y por el cual experimentamos tantos beneficios y el perdon de nuestros pecados. Escuchemos, pues, católicos, sus promesas, animemos nuestra confianza, porque á la verdad no estamos destinados á gemir eternamente en este destierro, sino á gozar de un Dios, origen de unos bienes, en cuya posesion no habrá quien nos inquiete, bienes que jamas se acabarán.



DOMINGO QUINTO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como el asunto del Evangelio del dia es el que da el nombre al oficio de la misa de los domingos despues de Pentecostés; antiguamente se llamaba este domingo el domingo de la pezca, porque en él se leia la historia que refiere el Evangelio de la prodigiosa pezca que hizo San Pedro en virtud de la palabra de Jesucristo, y que hace despues de muchos siglos el asunto del Evangelio del domingo antecedente. El dia de hoy se llama el domingo de la perfeccion de la ley de Jesucristo,

sobre la ley antigua que se dió á los judíos por el ministerio de Moisés, por quanto el Evangelio que la iglesia ha fijado á este dia, dice que la mas eminente perfeccion de la ley antigua no les basta para la salvacion á los fieles: que Dios les pide una justicia mas abundante, una fé mas pura, una devocion mas espiritual, una caridad mas generosa y mas universal, y finalmente, una santidad mas perfecta que las que les pedia á los judíos. La epístola hace alusion tambien á esta obligacion, pues es un compendio el mas instructivo de la perfeccion cristiana, y de las mas esenciales obligaciones del cristiano.

El introito de la misa es del Salmo 26, el cual tiene por título: el Salmo de David antes que fuese ungido. Hasta tres veces recibió David la uncion real. La primera de mano de Samuel en Belen, cuando fué enviado por su padre Jessé; la segunda en Hebron, despues de la muerte de Saul, y la tercera despues de la muerte de Isboset, cuando fué reconocido por rey en todo Israel. Este Salmo, en que el santo rey confiesa le proteccion tan visible que ha debido á Dios contra sus enemigos, no pudo ser compuesto en su primera uncion, en que David todavía jóven no tenia otros enemigos hasta entonces que las fieras que se tiraban al ganado que guardaba; y hasta el dia de esta uncion real no se derramó sobre él el espíritu de Dios, como dice la Escritura. No pudo, pues, el devoto príncipe haber compuesto este Salmo, sino en la ceremonia de la segunda uncion, ó quizá de la tercera, cuando victorioso de todos los riesgos en que se habia visto, así por parte de Saul como por parte de los secuaces de Isboset, hijo de Saul, se vió en fin pacífico poseedor de todo el reino de Judá y de Israel, y en estado de ir á dar humildes gracias á Dios en el tabernáculo: Como su confianza en Dios le habia hecho mantenerse intrépido en los mayores peligros, con la misma confianza implora aquí la misma proteccion y la misma ayuda para todos los acontecimientos de la vida.

Oye, Dios mio, los clamores que envió hácia tí: prosigue en ayudarme: sé mi protector, mi apoyo, mi refugio: ¿podrás, Señor, arrojarme de tí, cuando en tí solo pongo la esperanza de